

EN BUSCA DEL CONDE SOBAŃSKI



Anna Augustyniak

En busca del conde Sobański
Cronista del Berlín nazi

Prólogo de
Mercedes Monmany

Epílogo de
Michał Sobański

Traducción del polaco de
Amelia Serraller

Edición de
Javier Jiménez

fórcola
Siglo XX

Siglo XX

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

La juventud nacionalsocialista marcha por la Puerta de Brandenburgo, Berlín, 8 de marzo de 1933.

© Imagno / Getty Images

Título original: *Hrabia literat dandys: Rzecz o Antonim Sobanskim*, 2009



La edición de este libro ha contado con una ayuda de la Fundación Feliks Sobański / Wydanie tej książki wsparła Fundacja Feliksa Sobańskiego / The edition of this book has been supported by the Feliks Sobański Foundation

© Anna Augustyniak, 2021

© Del prólogo, Mercedes Monmany, 2021

© Del epílogo, Michał Sobański, 2009

© De la traducción, Amelia Serraller Calvo, 2021

© De la edición y aparato crítico, Javier Jiménez, 2021

© De la corrección de estilo, Susana Pulido, 2021

© Fórcola Ediciones, 2021

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-32-2021

ISBN: 978-84-17425-86-9

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*Mi gratitud para Renata Śliwińska
y Szymon Augustyniak*

En busca del conde Sobański

Prefacio de la autora

RECUERDO LA PRIMERA VEZ que me topé con la figura de Antoni Sobański. Fue leyendo los *Recuerdos de juventud* de Witold Gombrowicz*. Y aunque allí apenas había unas cuantas frases sobre él, para mí Tonio Sobański existe desde entonces. Gombrowicz señaló un rasgo suyo con el que se puede identificar cualquiera: el miedo a las aglomeraciones callejeras, a pasar entre los transeúntes. Al preguntar a Antoni qué le causaba tal inquietud, éste contestó a su buen amigo: «Las caras»².

Aquel instante que inmortalizó Gombrowicz se convirtió en una fuente de inspiración para comenzar a investigar el pasado, que culminó con este libro.

Todo empezó con una maleta, que abrí hace muchos años. Su historia viene de muy lejos; se remonta casi medio siglo atrás. Cierta mañana de julio, un desconocido llamó a la puerta de Róża Orłowska (de soltera Sobańska). El hombre portaba una maleta marrón que entregó a una atónita Róża. Cuando mencionó el nombre de Tonio Sobański, su padrino de bautismo, difunto desde hacía años, ella se echó a llorar. El desconocido desapareció, no sin dejar antes en las manos de Róża la pequeña maleta. Nunca se supo quién había rescatado los recuerdos de su tío, la persona gracias a la cual las pertenencias de Antoni, el conde Sobański, llegaron al hogar de su familia.

Tras la muerte de Róża, sobrina de Antoni, su hija Delfina Krasicki (de soltera Orłowska), residente en Varsovia, heredó los recuerdos de su antepasado. Y así fue como terminó el viaje de la maleta con la que Antoni Sobański cruzó la frontera polaca en septiembre de 1939. La frontera de una patria a la que no habría de volver jamás y donde, lamentablemente, muy pronto caería en el olvido.

Y sin embargo, Antoni Sobański es el autor de un celebrado ciclo de reportajes sobre la Alemania nazi, publicados antes de la guerra durante varios años en la revista *Noticias Literarias (Wiadomości Literackie)*, y más tarde editados y compilados en el libro *Un ciudadano en Berlín*³. Siendo uno de los personajes más pintorescos del período de entreguerras, al conde, buen amigo de los miembros del grupo Skamander*, le llamaban Tonio en su círculo de íntimos.

Y Sobański pervivió en la leyenda. Una leyenda creada en vida y acuñada para siempre en las páginas de los libros de Jarosław Iwaszkiewicz*, Witold Gombrowicz y Aleksander Janta-Polczyński*. Antoni encontró su lugar en los diarios de Zofia Nałkowska* y en las confesiones de Irena Krzywicka*. Hoy en día emerge con las historias de Mira Zimińska*, Antoni Słonimski* y Tadeusz Wittlin*. Le vemos en las memorias de Roman Jasiński* y Jerzy Waldorff*. Está presente en las cartas de Mieczysław Grydzewski*, Karol Szymanowski* y Julian Tuwim*. Sus palabras manuscritas se encuentran en el álbum de Wanda Telakowska* o en las cartas de los supervivientes de Stawisko; una firma suya de hace setenta y cinco años quedó intacta en el libro de visitas de Jan Lechoń* y

en el certificado de matrimonio del chófer de Iwaszkiewicz...

En el año 2009 escribía este libro durante el CXI aniversario del nacimiento de Antoni Sobański. Era difícil reconstruir una vida tan distante a partir de los retazos que dejaron los amigos y familiares aún vivos. Porque la verdad se mezcla con la ficción, y los hechos con las suposiciones. A veces un detalle, una nimiedad cobra relevancia, y pasa a un primer plano, ocultando asuntos igualmente importantes y reveladores. Así que debemos aunarlo todo, yuxtaponer descripciones contradictorias, armonizar testimonios opuestos. Componer un todo a partir de fragmentos. Capturar aquel mundo y rescatar a Tonio Sobański del olvido.

1

El ideal de *gentleman*

SOBAŃSKI «es una de las personas más interesantes de Varsovia»⁴, solía decir el cónsul británico de antes de la guerra, Frank Savery*. Y Paweł Hertz* añadía que Antoni era un hombre con unos modales extraordinarios, algo que ni siquiera entonces era común. La opinión de Witold Gombrowicz lo confirma: «Excepcionalmente inteligente, europeo, de gran cultura y excelentes modales, con una personalidad que llamaba poderosamente la atención»⁵. Por su parte, Jarosław Iwaszkiewicz menciona en sus notas que Tonio era encantador porque era diferente a los personajes de los ambientes artísticos, sin el estigma que imprimía Varsovia... aparte de extremadamente discreto⁶. Por su parte, Jerzy Waldorff concluye: «Uno de los *dandies* más exquisitos de su tiempo, pero al mismo tiempo con fértil y cercano trato con los artistas de más talento»⁷.

En el siglo XIX, a los jóvenes aristócratas londinenses se les denominaba *dandies*, pues carecían de preocupaciones más allá de sus modales y vestir a la última moda. Las palabras «frívolo», «elegante», «decadente»... hoy en día sólo se aproximan al sentido intrínseco de esa expresión.

Antoni Sobański, un *dandy* de la época, era «famoso» por su capacidad intelectual y su talento, amén de por su apariencia. De buena familia, quintaesencia del ideal de noble conducta, educado, hábil y con don de

gentes. Brillaba en sociedad, despertando interés con sus ideas. Exaltaba cuando empleaba el tono acusador que resuena en sus reportajes. Y su erudición era deslumbrante. Se preparaba con extraordinaria precisión sus citas, en las cuales solía abordar siempre los temas de mayor interés, intercalando alguna frase curiosa. Se percibía que le gustaba conversar y dirigía las tertulias para estar en primer plano. Sin embargo, era «algo aficionado a la perorata y a tomar la palabra en nombre de toda la mesa, pero muy ingenioso. [...] Interesado por todo, cultivado en cualquier campo, tanto en la política como en la cultura, socialmente bien educado, nunca hablaba mal de nadie y si a veces era malicioso, se trataba de alguna pequeña broma; en definitiva, era el ideal de *gentleman*»⁸.

Todo un caballero. Un hombre con tacto, que sabía idiomas, le gustaba estar al día y leía cientos de periódicos de todo el mundo: franceses, ingleses, alemanes. Con su favorito, el *New Yorker*, a la cabeza. No dejaba de citar ninguno, a todas horas. «Tonio no era esnob ni tampoco un pedante amanerado, era un hombre de élite, su terreno de acción se limitaba a la clase superior. Gente así también es necesaria. Era uno de los aristócratas polacos más ilustrados»⁹.

Sobański apareció en exposiciones, frecuentaba las célebres conferencias y lecturas de Leon Chwistek*, las representaciones de Maria Jarema* con el Teatro Cricot, las salas de conciertos de la Filarmónica y el Conservatorio, y los concursos de Chopin. Era amigo de los compositores de música clásica contemporánea. Así, en la agenda de Tonio aparece el número de teléfono de Manuel de Falla, cuyas composiciones

de ballet eran sumamente apreciadas por otro de sus amigos, el compositor Karol Szymanowski.

A Antoni le gustaba canturrear y tenía una voz bonita. A menudo tarareaba los grandes éxitos, especialmente los *hits* ingleses. O, con una aguda voz varonil, «Morenas y rubias» («Brunetki, blondynki») o «Ninon» de Jan Kiepura*. En cambio, no le gustaba la ópera, por no decir que la odiaba. Creía que estaba obsoleta. «*Me mmmueeero, no puedo hablar...* Pues que se muera –solía burlarse–. Ni por ésas asistiré a una»¹⁰. Si bien la ópera le enervaba, valoraba el exotismo del ballet. Idolatraba el teatro, al igual que la música moderna. A menudo se le pillaba *in fraganti* en medio de un salto o cabriola extraña; explicaba entonces que intentaba emular los pasos de Fred Astaire. Sin embargo, lo que más le interesaba era la pintura y la poesía. Solía recrearse hablando de sus amados Daumier y Goya. Y era un avezado recitador que en ocasiones exhibía sus habilidades, aunque dejando escapar un ligero acento inglés.

Encandilaba tanto a hombres como a mujeres: «Ese encanto de Tonio era quizá su talón de Aquiles, pero era indudable que se trataba de un tipo fuera de lo común. Un día leí los recuerdos de una inglesa, publicados en alguna parte del extranjero, de unas semanas de su viaje por Polonia. En sus memorias, los comentarios entusiastas sobre Wawel, Kazimierz sobre el Vístula o Wieliczka se mezclan hasta tal punto con las alabanzas a un ‘cautivador conde polaco’ que le servía de guía, que al final no se sabe si le causaba más admiración el altar de Wit Stwosz* o bien una broma de Tonio contada en esa ocasión»¹¹.